

EL BIENESTAR HUMANO EN EL FIN DE SIGLO: LUCES Y SOMBRAS

DEMETRIO CASADO PEREZ
SOCIOLOGO*

Acepté el encargo de hacer una versión escrita de mi charla en las III Jornadas de Teología (Las Palmas, 16-20 de noviembre de 1998), salvo las siguientes circunstancias: para la ocasión elaboré únicamente un esquema, que glosé bajo la influencia de conversaciones que tuve la suerte de mantener allí y entonces; la comunicación escrita debe ser más cauta que la oral directa, porque no se tiene oportunidad de matizar y aun corregir mediante el diálogo. En vista de esto, no voy a intentar recrear aquella exposición, sino que me limitaré a pergeñar un breve apunte de sus principales ideas y datos.

En el plano de la vida colectiva, el bienestar humano es función de un dato y de un complejo de variables: el dato es la condición humana, que nos viene dada; las variables, los ambientes culturales, económicos, sociales y políticos que produce el hombre en sociedad. Me referiré a aquel dato y a estas variables desde el punto de vista del bienestar humano.

(*) Director del Real Patronato de Prevención y de Atención a personas con minusvalías. Madrid

LA CONDICION TETRAEDRICA DEL HOMBRE

Es muy evidente la tendencia actual a cifrar el bienestar del hombre en las rentas y en los equipamientos de que dispone. De este modo, la clave es el consumo individual de bienes y servicios. Estoy abierto a la duda de que apenas nadie asuma en el fondo de su conciencia un planteamiento tan simple, pero es lo cierto que la vida social se orienta en función del mismo. Así lo indica el hecho de que los servicios de estadística, los estudiosos, los medios de comunicación social y los políticos, por modos directos e indirectos, nos incitan y compelen a perseguir los niveles de producto interior bruto por cabeza o la tasas de gasto en protección social de los países referencia. En el orden privado, la visión economicista del bienestar viene corroborada por otro hecho muy evidente: apenas nadie se queda al margen de la marathón consumista. En vista de esto, me parece obligado comenzar recordando algo tan obvio como la complejidad de la condición del hombre, que puede gozar y sufrir, lograrse o malograrse no sólo por su lado material.

El hombre, por de pronto, es un mamífero muy singular. Como consecuencia de la evolución y de la cultura –que en los humanos son indisociables–, hemos alcanzado una capacidad formidable de dominación y explotación de la naturaleza, con el grave coste de que la nuestra presenta puntos muy flacos. Nuestra demanda de bienes y servicios para el bienestar material es ilimitadamente elástica; he aquí un hecho clave. Por otra parte, si nos comparamos con otros mamíferos, resultan harto llamativas la inmadurez en el momento del nacimiento, la vulnerabilidad a las enfermedades y los accidentes y, con frecuencia, la prolongada senectud. En tales coyunturas, no ya el bienestar, sino la mera supervivencia depende de la ayuda moral y material ajena.

El hombre es animal dotado de raciocinio y libertad. Por la inteligencia accede, en alguna medida, al conocimiento de sí y de su entorno, mediante el que toma las decisiones que considera más convenientes para su bienestar. Pero la inteligencia lleva al hombre también a preguntarse por cuestiones de sentido y a desear el conocimiento absoluto. Para las primeras, lo más que halla son hipótesis inverificables y generalmente prestadas. Para su sed de conocimiento radical, ni la ayuda ajena le libra del fracaso. La fe religiosa puede evitar al hombre la frustración y la angustia por desconocer lo que le importa más radicalmente, pero no va a procurarle lo que yo supongo que entendemos por bienestar humano.

UNAMUNO, en “Del sentimiento trágico de la vida”: “El hombre, dicen, es un animal racional. No sé por qué no se haya dicho que es un animal afectivo o sentimental. Y acaso lo que de los demás animales le diferencia sea más el sentimiento que no la razón”. En la condición emocional del hombre estriba su

pasión irracional de identidad y de identificación, su necesidad de autoestima y aceptación, sus pulsiones amorosas y su turbación ante el dolor y la muerte. La condición afectiva del hombre es, que duda cabe, el lado más propicio a la felicidad y el más vulnerable para la infelicidad. Felicidad e infelicidad sentimental que se mueven en esfera distinta de la del bienestar material.

El hombre, finalmente, es un animal social. Solamente llega a ser lo que puede ser, como diría ORTEGA, mediante la sociedad y en una relación de doble sentido. La construcción real y simbólica de los individuos es obra colectiva. A la vez, la plenitud humana se logra contribuyendo al mantenimiento y desarrollo de los acervos culturales, sociales, económicos y políticos. De este modo, la ventura y la desventura de nuestros entornos impregnan nuestra suerte individual. No es posible el bienestar particular sin el concurso de la sociedad, ni es legítimo aquel que se consigue gratuitamente, sin contrapartidas solidarias.

EL BIENESTAR HUMANO, RAZON POLITICA DEL MUNDO CONTEMPORANEO

La Ilustración se atrevió a postular la felicidad del hombre en este mundo e hizo de ello la razón política del orden colectivo que debía sustituir al Antiguo Régimen. La primera revolución liberal, esto es, la norteamericana, lo proclamó de modo bien claro en el artículo primero de su Declaración de derechos de Virginia (1776): “Todos los hombres son por naturaleza igualmente libres e independientes, y poseen ciertos derechos inherentes a su persona, de los que, cuando entran a formar parte de una sociedad, no pueden ser privados por ningún convenio; a saber: el goce de la vida y libertad y los medios de adquirir y poseer la propiedad y buscar y conseguir la felicidad y la seguridad”. Y nuestra Constitución de 1912 proclama, en su artículo 13, “Que el objeto del Gobierno es la felicidad de la Nación, puesto que el fin de toda sociedad política no es otro que el bienestar de los individuos que la componen”.

¿Cuáles fueron los medios que se pusieron a contribución de la felicidad humana? Por de pronto, la igualdad civil y la libertad, incluida la económica, según afirma la Declaración de Virginia. Por supuesto, el primado de las luces de la racionalidad, para cuya extensión se impone la escuela primaria pública. Por otra parte, pese al optimismo propio de las coyunturas revolucionarias, se asume el riesgo de la pobreza y la dependencia, para cuyo socorro se institucionaliza la Beneficencia pública. No sería justo minusvalorar las aportaciones de la revolución liberal al bienestar humano. De ella se sigue la emancipación de los vasallajes y de la esclavitud, la supresión de los

monopolios gremiales, el retroceso del oscurantismo y, sin pretensión de exhaustividad, el compromiso del Estado con un mínimo de funciones de interés general. Pero es de justicia igualmente reconocer las limitaciones y los efectos deletéreos del movimiento emergente.

En cuanto a limitaciones, es cosa obvia que la revolución liberal atañe fundamentalmente al lado racional del hombre, y deja a la intemperie su flanco emocional. Así nos lo recuerda OCTAVIO PAZ, en su “Laberinto de la soledad”: “El liberalismo es una crítica del orden antiguo y proyecto de pacto social. No es una religión, sino una ideología utópica; no consuela, combate; sustituye la noción de más allá por la de un futuro terrestre. Afirma al hombre, pero ignora una mitad del hombre: esa que se expresa en los mitos, la comunión, el festín, el sueño, el erotismo”.

Aparte de la mentada unidimensionalidad de orden espiritual, el liberalismo fracasó en lo relativo al bienestar material del común de la gente. Por su enemistad a los cuerpos intermedios entre el individuo y el Estado, arruinó los sistemas de protección social del Antiguo Régimen. La profundización de la libertad económica, ensamblada con la abstención de los poderes públicos y con la prohibición de las asociaciones obreras, dio lugar a un capitalismo desaforado, con secuelas bien conocidas: emigración desordenada hacia los centros mineros e industriales; trabajo infantil y explotación obrera; precariedad laboral y desempleo con crisis cíclicas; empobrecimiento y pauperización, se decir, dependencia de ayudas benéficas. Tales ayudas benéficas, por lo general, fueron escasas y se administraron autoritariamente. Pero, sobre todo, no eran en absoluto el remedio adecuado para el cuadro problemático sobrevenido y que sería identificado como la cuestión social por antonomasia del mundo occidental. Se trataba, obviamente, de la dominación y explotación de la clase obrera por la burguesía capitalista.

EL BIENESTAR SOCIAL

La grave conflictividad de la sociedad capitalista liberal y, sin duda, sus clamorosos fracasos en el logro de la felicidad prometida motivaron el cambio de rumbo de los poderes públicos en los países occidentales. La legislación inglesa reguladora de la jornada laboral de los menores, que data de 1802, parece ser la primera medida institucional de carácter corrector. En cuanto a la acción intervencionista de carácter constructivo, se conviene en reconocer la primacía cronológica del seguro social instituido por BISMARCK en 1867 y en Alemania. La decisión del canciller conservador tenía un doble significado preventivo. En el orden social, se trataba de garantizar remedios a las situaciones de pérdida de ingresos de los trabajadores. En el orden político,

aquella institución era una maniobra destinada a restar razones al socialismo opositor. Pero aquello sería sólo un primer paso.

Los extremos y fracasos del capitalismo liberal engendraron ideologías y movimientos contrarios de signo anarquista y socialista. El socialismo moderado postulaba la corrección de los excesos del capitalismo mediante un intervencionismo discreto, en todo caso respetuoso con las instituciones económicas y políticas básicas. Pero unas y otras estaban amenazadas por el anarquismo y el socialismo revolucionarios que, salvo diferencias de programa, apuntaban contra la propiedad y el Estado burgués. El acoso más fuerte fue protagonizado por el socialismo marxista, que llegaría a realizar su primera revolución efectiva en la Rusia zarista, mártir de los abusos señoriales y prácticamente intocada por el capitalismo contemporáneo. Frente a la receta liberal, la revolución socialista prometía el logro de la felicidad humana mediante la igualdad socioeconómica efectiva y el protagonismo político de la clase trabajadora. Al servicio de estos objetivos, en las aplicaciones del socialismo real, se confiscarían las propiedades privadas, se socializarían los medios de producción, se dogmatizaría la ideología revolucionaria y se crearía un nuevo Estado de los trabajadores –a través del Partido, su vanguardia– con la misión de gestionar el proyecto de cambio por modo totalitario.

El socialismo emergente no era sólo una fuerza opositora al liberal-capitalismo, sino una alternativa para el logro de la felicidad, del bienestar humano. Su oferta, por lo demás, supera claramente al orden imperante en relación a la poliédrica condición humana. De entrada, anuncia la satisfacción de todas las necesidades materiales propias del hombre-mamífero. En el orden de la racionalidad, es presumible que las clases trabajadoras consideraran más interesante la igualdad material del socialismo que las condiciones formales del liberalismo. En tercer lugar, el socialismo se apresta a subsanar la soledad del hombre convertido en fuerza de trabajo mercantilizada, mediante el acompañamiento del Partido y del Estado. Por fin, el lado social del hombre tendrá posibilidades máximas en una sociedad de plena solidaridad recíproca, la comunista.

No es sorprendente que, frente a semejante desafío, la sociedad liberal-capitalista procurara diseñar y desarrollar una contraoferta plausible. No cabía, desde luego, limitarse a parchear el sistema, sino que era necesario reformarlo a fondo, salvando en todo caso los logros liberales básicos, es decir, la igualdad civil, la economía de mercado, la democracia política. La nueva fórmula consistió en saltar desde las reformas sociales discretas ya implantadas a esa gran reforma que fue el Estado social o, en sus versiones más acabadas, de bienestar. Sin perjuicio de importantes antecedentes continentales, cabe convenir que fue decisiva para este evento la conjunción de dos astros ingleses. En primer lugar, el famoso economista KEYNES, que propuso la activación de

la actividad económica, y del empleo, mediante la intervención del Estado sobre la demanda de bienes y servicios; corrían los años 30 del presente siglo. En segundo lugar, BEVERIDGE, que aborda directamente la cuestión del bienestar humano en su vertiente material y cuya fórmula combina estos dos ingredientes: pleno empleo y políticas sociales de protección y servicios universales. Como es cosa frecuente reducir el Estado de bienestar a la segunda parte de la fórmula, resulta oportuno recordar que BEVERIDGE, en su informe sobre *Social Insurance and Allied Services*, de 1942, asume el pleno empleo como requisito del bienestar humano.

Por virtud de su ideología y por efecto de una política conspirativa, el socialismo de estado llegó a implantarse en una gran porción del mundo. Los estados comunistas lograron mejoras apreciables en la economía y en el nivel de vida material de su población, con importantes limitaciones: en primer lugar, la distribución de los bienes y servicios presenta acusadas desigualdades; en segundo lugar, al menos la amplia minoría gitana quedó al margen del proceso; lo mismo cabe decir de los millones de confinados o eliminados por disidencia; finalmente, las economías comunistas se encuentran con dificultades insalvables para aproximarse al nivel de vida occidental, que resulta ser una referencia inexcusable por la confrontación internacional de bloques. En relación al lado racional y a la libertad intrínseca del hombre, es conocido que los estados comunistas manipulan las conciencias sistemáticamente, no garantizan los derechos humanos y los vulneran habitualmente. Ello constituye una quiebra básica del bienestar humano. En otro orden de cosas, el esperado consuelo del Estado se transformó en dominación despótica. Finalmente, la participación política fue enajenada por los aparatos del Partido.

En los países más prósperos de Europa se gestionaron con éxito aceptable los estados sociales, de modo que la alternativa socialista revolucionaria quedó descartada. Este resultado se mantuvo tras la grave crisis económica de los años 70, que puso en trance también de crisis al Estado social. Primero en el orden material, porque se quebró la larga racha de prosperidad en la que se asentaba tanto el pleno empleo como la posibilidad de financiar un gasto público social creciente. Segundo, porque la circunstancia fue aprovechada por los críticos del Estado social para rehabilitar las tesis liberales. En las filas socialdemócratas menudean las expresiones contrarias, sobre todo como medio de autoafirmación. En la práctica, sin embargo, las políticas efectivas de ciertos partidos socialistas no son otra cosa que ajustes a la baja del Estado social. En los países periféricos del mundo occidental que trataron de seguir los pasos de sus referentes, se ha optado, de grado o por fuerza (del Fondo Monetario Internacional, generalmente), por el repliegue: "A esta altura de la historia queda afuera de debate el modelo de Estado de bienestar, conviniendo que ha sufrido y sufre una crisis fiscal irreversible",

escribe la argentina BERNARDA PIROVANO. Los llamados nuevos países industriales, los tigres de Asia, parecen no querer meterse en muchos gastos sociales, para mantener su competitividad en los mercados internacionales. Dentro del mundo capitalista, el caso más patético es el de los países que abandonaron la senda del socialismo de estado y que, por la endeblez de sus herencias económicas, se topan con las mayores dificultades para proveer al bienestar material de sus ciudadanos.

Por supuesto, quedan al margen de las dos grandes corrientes anteriormente evocadas, muchos países y multitudes ingentes de personas. No estoy en condiciones de abordar el examen de sus circunstancias en relación al bienestar humano, pero deseo recordarlas, siquiera sea de modo mínimo. Para ello, me serviré de una apreciación de NIGEL BARLEY, en *El antropólogo inocente*, relativa a un pueblo de Camerún: “Tan sólo al verlos enfermos sentía yo lástima por los dwayos y su vida me parecía inferior a la nuestra. En cambio gozaban de libertad, se consideraban ricos, tenían fácil acceso a sus principales formas de placer sensual, la cerveza y las mujeres, y se respetaban a sí mismos. No obstante, una vez enfermaban, morían en medio de una agonía y un terror innecesarios”.

EVALUACION

Vuelvo al mundo occidental para ensayar una evaluación recapitulativa y crítica de nuestro bienestar, tomando como referencia los cuatro lados de la condición humana.

La mejora del nivel y de las condiciones de vida, incluyendo la atención sanitaria y social, nos ha llevado a éxitos biológicos asombrosos, cuyo mejor indicador sintético es que nuestra esperanza de vida duplica la de nuestros ancestros. Ahora bien, este logro lleva consigo cargas sociales muy notables. Los niños de riesgo rescatados a la mortalidad infantil, los pacientes de enfermedades neurológicas controladas, los afectos de secuelas derivadas de traumatismos librados igualmente de la muerte y, sobre todo, la creciente población anciana requieren una masa ingente de cuidados médicos y de apoyo personal. Conseguida su sobrevivencia, resulta moralmente exigible que nos planteemos la cuestión de su bienestar. ¿Quién debe asegurarlo? En los países occidentales, coincidiendo con los problemas económicos acaecidos en los años 70, ha hecho crisis la expectativa de ampliación ilimitada de la protección social pública, lo cual se ha manifestado ideológicamente y políticamente en dos movimientos paralelos principales: el neoliberal y el neosocialdemócrata (“tercera vía”). En este contexto, la tradicional ayuda familiar a la gente dependiente ha vuelto a cobrar valor e interés, salvo que choca con el

movimiento de incorporación de las mujeres –agentes mayoritarias de los cuidados informales– al empleo. Ahí nace la idea de ayudar a la familia para que la familia se ayude a sí misma.

A partir de la Ilustración, nuestra parte del mundo pasa a ser liderada por quienes deciden guiarse por las luces de la razón. Los frutos de conocimiento y de progreso material de esta decisión ya fueron evocados, como también algunas de sus limitaciones. Ahora quiero fijarme en un efecto colateral de gran relevancia para el bienestar humano: la parcialidad del conocimiento positivista. El espíritu ilustrado concentró su esfuerzo en el conocimiento positivo, es decir, el que se sostiene sobre evidencias empíricas. Tras los estadios teológico y metafísico, diría COMTE, se alcanzó el de la ciencia positiva. Como es frecuente en los movimientos de ideas, no sólo se afirmó la potencialidad del nuevo enfoque, sino que se tendió a absolutizarlo. De ello se ha seguido un creciente menosprecio de lo que pudiéramos llamar la sabiduría, es decir, el interés por el sentido de la vida y, más inmediatamente, de los propios logros y aplicaciones del pensamiento racional. El asunto no tiene sólo importancia intelectual, sino también práctica: nuestra cultura es poderosísima, pero nuestra moral es hartamente incierta. Tanto es así que nuestro progreso parece seguir más una dinámica autónoma que el propósito de servir al bienestar humano. Recordaré a título de ejemplo que, ante la posibilidad de intervenir en la herencia genética del hombre, alguien ha pronosticado que lo que sea técnicamente posible se hará, con independencia de la bioética.

Aparentemente, las sociedades occidentales proveen al bienestar humano mediante la abundancia de los bienes y servicios de consumo que ofrece el mercado, más la red creciente de servicios públicos. Pero el bienestar humano depende también del lado afectivo o sentimental del hombre, eternamente menesteroso de identificación y autoestima, de reconocimiento y aceptación, de dar y recibir amor, de autorrealización y de inmortalidad. Por el riesgo de “prostitución” y por el peligro del totalitarismo político, no sería prudente pedir al mercado ni al Estado que afronten estas necesidades tan problemáticas, así que debemos asumirlas por otras vías. No veo que podamos contar sino con las comunitarias y las culturales: la familia y los amigos, las asociaciones de mutua ayuda y las redes informáticas, los barrios y los pueblos, las comunidades culturales y las religiosas. No se trata aquí, pues, de que el mercado o el Estado no sean capaces de ofrecer los caudales de sus bienes y servicios en la cantidad, o con la distribución necesarias para satisfacer las demandas del bienestar humano, sino de que las de carácter espiritual quedan fuera de su capacidad técnica.

En las sociedades occidentales, la dimensión social del hombre se ha institucionalizado con carácter obligatorio. Me refiero a la socialización de importantes funciones, como la educación, la sanidad, los transportes o el

orden público. Pero la burocratización de los correspondientes servicios da lugar, o hace posible, que la vida cotidiana se conforme de modo crecientemente individualista. De otra parte, tanto las relaciones con los servicios públicos como las de mercado, y aun las personales, se han despersonalizado. Valgan como ejemplos la educación masiva, los cajeros automáticos, el sexo frío o esas discotecas en las que no se puede conversar con el parcionero del ocio, ni siquiera ver su rostro. De este modo, la vocación social del hombre se está malogrando por el enrarecimiento y la vaciedad comunicacional de las relaciones sociopersonales. Esta es una quiebra del bienestar humano, que en casos extremos se manifiesta en problemas de soledad, alcoholismo, depresión, suicidio... El fenómeno es particularmente acusado en los países nórdicos de nuestro mundo occidental, que tantas veces tomamos como modelo absoluto. Se trata de un caso más de mimetismo por parte de los países latinos, de modo que parece obvia la oportunidad de valorar nuestra baza comunitaria del bienestar humano y ver el modo de compatibilizarla con posibles cambios en otros órdenes.

Demetrio Casado